

ALMENDRA

Won-Pyung Sohn



ilustrado por
Gema Vadillo



temas de hoy

ALMENDRA

Won-Pyung Sohn

Traducción de Sunme Yoon



ilustrado por

Gema Vadillo



temas de hoy

Título original: 아몬드 (*Almond*)

© Won-pyung Sohn, 2017, 2023
Publicado originalmente en Corea por Dazzling, Inc.
c/o Barbara J Zitwer Agency, KL Management and SalmaiaLit

© por la traducción, Sunme Yoon, 2020
Edición de Andrés Felipe Solano
Corrección de estilo a cargo de Rosa Iglesias Madrigal

© por las ilustraciones, Gema Vadillo Rivas, 2024

Este libro está publicado con el apoyo del Instituto
de Traducción Literaria de Corea (LTI Korea)

© Editorial Planeta, S. A., 2024
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

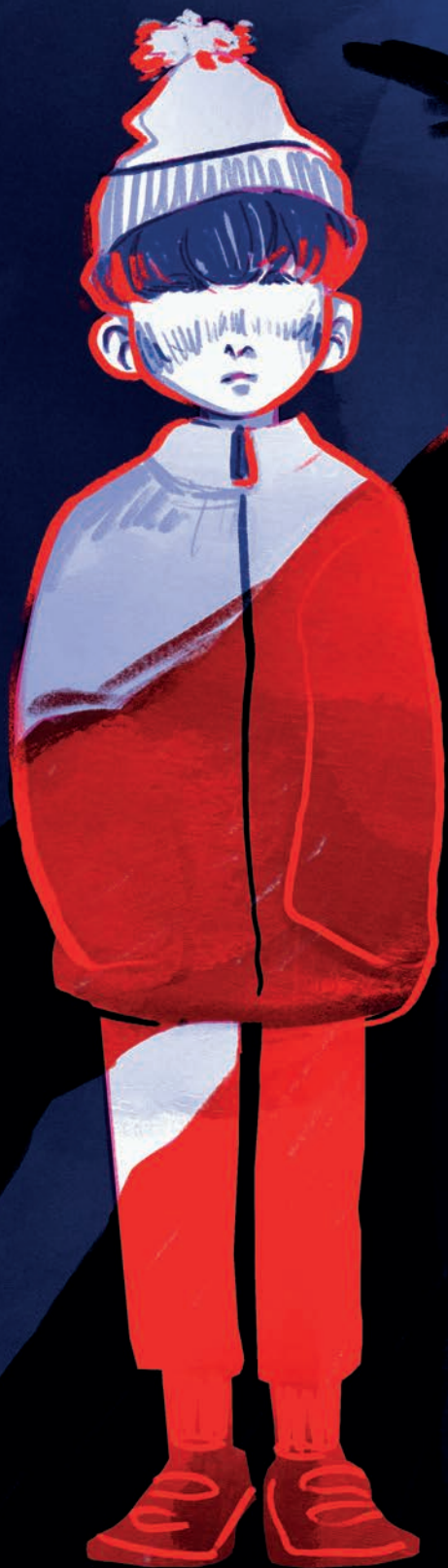
Primera edición: abril de 2024
ISBN: 978-84-19812-48-3
Depósito legal: B. 5.239-2024
Composición: María García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Ese día hubo un herido y seis muertos. Primero mamá y la abuela. Luego un estudiante universitario que quiso disuadir al hombre. A continuación, dos señores cincuentones que iban al frente de un grupo del Ejército de Salvación y un policía. Y, por último, el propio hombre. Se eligió a sí mismo como el destinatario final de sus cuchillazos indiscriminados. Se clavó el arma bien hondo en el pecho y, al igual que las otras víctimas, murió antes de que llegaran las ambulancias.

Como siempre, yo me quedé viendo todo lo que sucedía con cara inexpresiva.





El primer suceso ocurrió cuando yo tenía seis años. Los síntomas aparecieron mucho antes, pero fue entonces cuando la cosa salió a la luz. De todos modos, fue bastante más tarde de lo que había previsto mamá. Fue una negligencia de su parte, porque ese día no vino a buscarme al jardín de infancia. Según me contó después, estaba con mi papá, al que hacía años que no veía. Acariciando las paredes desvaídas del osario donde descansaban sus restos, le dijo que iba a olvidarlo. No había conocido a otro hombre, pero quiso decírselo de todos modos. Mientras ella le ponía de esta manera el punto final a su historia de amor, se olvidó por completo de mí, que era el fruto imprevisto de esa relación de juventud.

Después de que se marcharan los demás niños, salí tranquilamente del jardín. Todo lo que sabía a los seis años acerca de dónde estaba mi casa era que quedaba en algún lugar al otro lado del puente. Al llegar allí, saqué la cabeza por la barandilla. Abajo, los coches corrían veloces deslizándose sobre el asfalto. De pronto me acordé de haberlo visto hacer en algún lado y junté toda la saliva que pude

para darle a alguno de los coches que pasaban, pero la baba desapareció en el aire antes de llegar al suelo. Repetí la operación varias veces, absorbo en lo que ocurría, hasta que me sobrevino un mareo y me sentí como flotando.

—¿Qué haces, niño? ¡No hagas porquerías!

Levanté la vista y vi a una señora que me miraba mal. Sin embargo, siguió su camino como los coches deslizándose sobre el asfalto y volví a quedarme solo.

Para bajar del puente había escaleras en los cuatro costados, pero yo no sabía qué dirección tomar. De todos modos, el paisaje que se veía era igualmente gris y frío hacia ambos lados. Pasaron unas palomas sobre mi cabeza batiendo sus alas, así que decidí seguirlas.

Cuando me di cuenta de que me había equivocado de camino, ya había ido demasiado lejos. En ese entonces, nos enseñaban en el jardín la canción *Hacia delante* y pensé, como decía la letra, que el mundo era redondo y que en algún momento llegaría a casa si iba siempre hacia delante, de modo que seguí moviendo sin descanso mis pequeños y torpes pies.

Un buen rato después, la avenida se convirtió en una calle estrecha y enfilada por casas viejas. No se veía a nadie. Sobre las paredes derruidas había pintados números desconocidos y leyendas en rojo que decían «Vivienda vacía».

De repente oí un grito quedo. ¿Había sido un «ah» o un «oh»? ¿Quizá un «aaah»? Como fuera, había sido breve y bajo. Fui en dirección de donde procedía. El sonido se fue acercando, a veces como un «uuuh», otras como un «iiih». Sonaba tras la esquina y hacia allí fui sin vacilar.

Había un chico tirado en el suelo. No podía estimar su edad, pero era de contextura pequeña. Sobre su cuerpo se cernían y se retiraban sin descanso unas sombras negras. Le estaban pegando. Los

gritos cortos no provenían del chico, sino de las sombras que lo rodeaban. Sonaban a algún arte marcial. Estaban dándole patadas y arrojándole escupitajos. Después me enteré de que eran chicos de secundaria, pero en ese momento me parecieron adultos.

Al parecer, hacía rato que lo golpeaban, porque el chico tirado no se resistía ni se quejaba, sino que se zarandeaba hacia un lado y otro como un muñeco de trapo. Una de las sombras le dio un puntapié en el costado a modo de remate y a continuación desaparecieron todos. El chico estaba bañado en sangre como si le hubieran echado encima un tarro de pintura roja. Me acerqué. Tendría unos once o doce años, es decir, el doble de mi edad, pero no me pareció mayor, sino un niño como yo. Como un cachorro recién nacido, su pecho subía y bajaba con rapidez al ritmo de su respiración breve y frenética. Era evidente que corría peligro.

Volví sobre mis pasos. El callejón seguía desierto y lo único que veía eran las confusas leyendas rojas sobre las paredes grises. Después de deambular un buen rato, encontré una pequeña tienda de dulces y comestibles. Tras abrir la puerta corrediza, me dirigí al dueño:

—Señor...

En la televisión estaban poniendo *Diversión en familia*. El dueño se reía entre dientes mirando el programa y no parecía haberme oído. Los participantes jugaban a tratar de entender con los oídos tapados la frase que les decía la persona de delante para repetírsela a la de atrás. La frase que había que transmitir era «Muerto de miedo». No sé cómo me acuerdo todavía de aquello, ya que en ese entonces no tenía ni idea de lo que significaba. Como fuera, una mujer joven había pronunciado con voz fuerte y clara una frase totalmente diferente y eso provocó la hilaridad del público presente en el estudio y del dueño de la tienda. Al final se acabó el tiempo y el equipo de la

mujer perdió el juego. El dueño se pasó la lengua por los labios como lamentando que hubiera terminado.

—Señor... —repetí.

—¿Sí? —dijo dándose la vuelta por fin.

—Hay alguien tirado en la calle.

—¿En serio? —respondió sin hacer mucho caso y acomodándose mejor.

En la televisión, los equipos se aprestaban a enfrentarse en una revancha que daba muchos puntos y podía revertir el resultado de la competencia.

—Se puede morir —le dije, toqueteando los caramelos que se exhibían en orden bajo la vitrina del mostrador.

—¿Sí?

—Sí, de verdad.

Justo en ese momento, giró de nuevo la cabeza hacia mí:

—Dices cosas terribles como si nada. ¿No te han enseñado que no se debe mentir?

Me quedé callado un momento buscando palabras que sonaran más convincentes, pero mi vocabulario no era lo que se puede decir muy amplio a los seis años. Como no se me ocurría otra cosa que sonara más real que lo que acababa de decirle, volví a decir:

—Se puede morir.